

DÍAZ DE TUESTA

*Una mañana
en el
Támesis*

Lo que al principio es tan solo una apuesta se convierte en una bonita historia de amor a orillas del río Támesis.

James Keeling, duque de Gysforth, ha hecho una apuesta con sus amigos, en Brooks's: dará un paseo matinal en barca por el Támesis con una dama totalmente desconocida, alguien a quien no haya visto jamás, y con la que no haya hablado nunca. Algo que parece imposible de cumplir hasta que, durante una partida de cartas, coincide con un muchacho consumido por el ansia del juego, el nuevo y flamante conde de Saxonshare.

Lady Bethany Howland, hija del antiguo conde de Saxonshare, sabe que está abocada a la ruina más completa. Su primo y tutor está dilapidando la fortuna familiar con su enfermiza afición al juego y la mala vida, y ella no tiene modo de impedirlo. Atrapada por los convencionalismos de la sociedad en la que vive, su única ilusión es el romántico enamoramiento que siente por el duque de Gysforth, al que solo ha visto de lejos.

Índice de contenido

Cubierta

Una mañana en el Támesis

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Epílogo

Sobre la autora

Prólogo

—¡Y a lo tengo! —exclamó Arthur Ravenscroft, primogénito del duque de Manderland y marqués de Badfields, mientras se dirigía al rincón del salón del club Brooks's en el que sus amigos, James Keeling, duque de Gysforth, y Edward Truswell, marqués de Rutshore, tomaban un té y leían el periódico.

Ambos le miraron divertidos.

—Buenos días también a ti, Badfields —le dijo James. Dejó el periódico sobre sus rodillas y le hizo una señal a uno de los criados, para que trajesen una nueva taza de té. Iba a necesitarla para afrontar la sesión en la Cámara de los Lores a la que tenía que asistir en poco más de una hora. Después de haber acompañado a sus hermanas de fiesta en fiesta hasta altas horas de la noche, lo único que le apetecía era echarse a dormir un rato—. Veo que el entusiasmo te ha hecho madrugar hoy.

—Vamos, que por una vez, algo te ha hecho madrugar —añadió Edward con sorna—. ¿Dónde está Henson? Habría que tomar buena nota en los anales del club.

—¡Ah, señores, soy inmune al sarcasmo, sobre todo a estas horas, deberíais saberlo! —Arthur se dejó caer en el sillón libre y cruzó las piernas, todo en un movimiento elegante que hubiese aplaudido el mismísimo *Beau Brummell*—. Pero bueno, a lo que importa: ¿recordáis lo que comen-

tamos el otro día sobre que los retos del libro de este club no podían haberse vuelto más tediosos?

Se refería al libro de apuestas de esa institución, en el que los miembros anotaban los desafíos que se les ocurrían, sobre cualquier clase de temas: el tiempo, los deportes, las circunstancias políticas...

Y las mujeres, claro. Siempre las mujeres.

—Por supuesto —asintió James—. Se apuesta por apostar. Por lo general, no hay modo de influir en el resultado. Es un tema que no tiene mayor gracia.

—Tedioso es el término. —Arthur sonrió de oreja a oreja—. Pues aquí tenéis mi propuesta, la solución: ¡un paseo por el Támesis! ¡En barca!

—¿En barca? —repitió Edward.

—Sí. Desde el embarcadero de la casita de Sleeping Oak. No te importa, ¿verdad, Gysforth? —le preguntó, ya que se trataba de una de sus propiedades en el campo—. Es el lugar ideal.

James y Arthur intercambiaron una mirada y se echaron a reír.

—No, importarme no, en absoluto —dijo James—. Pero ¿eso es lo que entiendes por un reto motivador, Badfields? ¿En serio?

—Sí, porque añadiremos ciertas condiciones. —Alzó un dedo en el aire—. Primero, y obvio, la joven debe ir voluntariamente. Nada de secuestrar a nadie.

Hubo un instante incómodo, porque precisamente la hermana pequeña de Arthur había desaparecido cinco años antes, tras escapar de su casa por culpa de una discusión con sus padres. Los duques de Manderland se habían empeñado en establecer un compromiso matrimonial para ella con alguien que le resultaba detestable. La joven Minerva, que era tan testaruda como su hermano, no se lo pensó dos veces y salió por la ventana de su dormitorio, una medianoche.

Desde entonces, nadie había vuelto a verla.

Arthur estaba convencido de que su hermana había acabado mal, atrapada en las redes de las bandas criminales del Londres más oscuro. De otro modo, tras pasarse su primer disgusto, se hubiese puesto en contacto con él, sin duda alguna. Pero no lo hizo y, a pesar de todo su empeño, del poder del duque de Manderland y de la cooperación completa de las fuerzas de la Guardia y el apoyo del propio rey, todavía no habían logrado encontrarla.

Seguro que, tras decir aquello del secuestro, Arthur pensó en Minerva, porque parpadeó ligeramente y se apresuró a seguir hablando para olvidarlo, levantando otro dedo.

—Segundo: debe ser una desconocida a la que no hayamos visto nunca hasta llegar allí. —Sí, eso lo complicaba bastante, aceptó James. Así ya lo veía muy difícil de lograr. Y eso que todavía quedaban a saber cuántos dedos—. Tercero: no podemos pagarle para que vaya, obvio también, sería demasiado fácil.

—Así que no podemos contratar una prostituta.

Arthur se echó a reír.

—No, Gysforth. Ni siquiera una damisela que trabaje en una fábrica y que necesite un par de libras para comprarse un sombrero nuevo.

—O comer bien por una vez en su vida —gruñó Edward, algo molesto por la falta de sensibilidad de su amigo—. O una medicina para sus pulmones, o lo que sea. Ni te imaginas cómo vive alguna gente.

—Bueno, sí. Sí que lo sé, hombre, no te pongas así. —Arthur agitó la cabeza—. No empecemos, lord Rutshore, caballero de las causas perdidas. No quise parecer inhumano.

Era cierto, Arthur no era particularmente inhumano, solo un hijo de su tiempo y su clase. Indolente, cínico, egoísta, hedonista... Pero no era malvado. Hasta podía preocuparle la vida de las gentes amontonadas en las zonas más oscuras de Londres, sin esperanza alguna de mejorar, o la de los

trabajadores de las fábricas, que se dejaban la salud día a día para que se enriqueciesen otros; eso sí, solo lo lamentaba durante los pocos segundos que desperdiciaba pensando en ellos. Su único punto realmente sensible era, y seguiría siendo siempre, Minerva.

Edward, por su parte, tenía mucha más conciencia social y solía participar en actividades para la mejora de la vida de los más desfavorecidos. Quizá ese querer a la gente era lo que le había hecho inclinarse por el estudio del ser humano a lo largo del tiempo. Con los años, se había convertido en un buen historiador, como lo había sido su padre, y colaboraba con distintas universidades, como Oxford o Cambridge, y con el Museo Británico.

James, y también Arthur, se sentían muy orgullosos de él. Edward se estaba haciendo un nombre entre los círculos más eruditos. Claro que, por eso, últimamente se pasaba la mayor parte del año viajando por toda Europa, entre conferencias, investigaciones y visitas a museos, y se le echaba mucho de menos.

En cualquier caso, no sería la primera vez que Arthur y Edward se enzarzaban en una estéril discusión sobre la situación del Londres trabajador. James consideró que era mejor intervenir.

—Pero, si no la hemos visto nunca y no podemos contratarla, ¿cómo demonios vamos a invitarla?

Arthur alzó ambas manos mientras se encogía de hombros.

—A mí no me preguntéis, caramba. Ahí entra el ingenio de cada uno, caballeros. Y esperad, que todavía no he terminado. —Alzó un dedo más—. Cuarto: en la barca, solo pueden estar dos personas: aquel de nosotros que esté llevando la apuesta, y la dama conseguida. Ni doncellas, ni familiares, ni... ni un ahogado en el Támesis al que se ha de recoger para salvarle la vida, caramba. Nadie.

—¡Peor me lo pones! —exclamó James—. ¿Qué dama respetable va a aceptar estar así a solas con un desconoci-

do?

—Pensad, pensad. Es un reto, un desafío. ¿Os interesa?

—No está mal —admitió Edward a regañadientes—. ¿Algún plazo en concreto? ¿Quizá una semana, para lograrlo?

—No lo había pensado, pero me parece bien.

—No sé. —James dudó—. A diferencia de otros, yo soy un hombre ocupado. Una semana me parece poco tiempo, si tengo que ingeniármelas para hacer llegar la invitación a una mujer que todavía no sé ni quién podrá ser.

—Muy bien. Pongamos que hay que conseguirlo en un mes. Si se necesita más tiempo, se dice. Estoy seguro de que todos sabremos ser comprensivos. —Los otros dos asintieron, satisfechos con la idea—. Además, para añadir emoción a nuestras monótonas vidas, daremos ese paseo por turnos: uno de nosotros lo hará por la mañana, otro por la tarde y otro por la noche.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo decidiremos eso?

—Sencillo. He venido preparado. —Sacó tres piedras pequeñas del bolsillo, del tamaño de unos dados. Una era blanca, otra gris y otra negra. Todas habían sido bien lavadas y pulidas. Arthur era muy puntilloso en los detalles—. La blanca será la mañana. La gris, la tarde, y la negra, la noche. Eso mismo decidirá los turnos. El de la mañana será el primero.

James bufó.

—Pero, hombre, al pobre que le toque la noche, le va a resultar imposible.

—Para algunos, quizá —replicó Arthur, con una sonrisa petulante—. La cuestión es, ¿te tocará a ti, Gysforth? ¿Estás dispuesto a arriesgarte? ¿Y tú, Rutshore? ¿O no os seduce la apuesta?

James y Edward volvieron a intercambiar una mirada.

—Siempre has sido ingenioso, Badfields, lo reconozco —admitió Edward—. Y, total, no perdemos nada por probar, quizá hasta sea divertido. Por mí, perfecto. Adelante.

—Por mí, también. —James asintió, aunque más que nada porque les vio interesados en la idea. Ni siquiera sabía si iba a poder cumplir. Últimamente andaba muy ocupado con los temas políticos, por no hablar de que su tía Hetty estaba empeñada en organizarle también un matrimonio a él, esa misma temporada. Bueno, edad tenía, porque estaba a punto de cumplir los veintiocho años. Ya era hora de sentar la cabeza y dar un heredero al ducado—. Veamos adónde nos lleva todo esto.

Arthur rio.

—Al Támesis, por supuesto. —Miró alrededor, fue hacia la chimenea y cogió uno de los jarrones—. ¡Henson! ¡Señor Henson!

—Excelencia... —dijo el camarero jefe de Brooks's, mientras se acercaba con aquella asombrosa combinación de servicial dignidad tan habitual en él.

—Por favor, ¿puede hacernos los honores? —Le entregó el jarrón y las tres piedras—. Tenemos que sacar una cada uno.

—Por supuesto, milord. Deje que le felicite por su buen gusto en porcelanas. Este Josiah Wedgwood es una pieza exquisita, sumamente delicada.

—Ha cogido un jarrón cualquiera, dudo que se diera cuenta de ese detalle, Henson —replicó Edward—. O que sepa siquiera quién fue Wedgwood.

Arthur rio.

—Si está muerto, como la mayor parte de tus conocidos, ni siquiera me interesa saberlo. —Hizo un gesto de disculpa hacia el empleado del club—. Pero, gracias, Henson, prometemos no romper el jarrón.

—Nunca me hubiese atrevido a mencionar semejante posibilidad, excelencia —replicó imperturbable el camarero.

—Desde luego, desde luego. Vamos a proceder a...

—Pero, espera, espera un momento, Badfields —le cortó James—. Antes de nada... ¿qué nos apostamos?

Arthur le miró desconcertado.

—¡Pero hombre! Eso es lo de menos, lo que cuenta es ganar.

—Ah, bueno, supongo... Pero algo habrá que poner, ¿no? ¿Usted qué opina, Henson?

El hombre asintió, muy serio.

—Sería lo apropiado, desde luego, excelencia.

—Está bien. —Arthur se encogió de hombros—. Pues, no sé... ¿Mil libras a cada uno de los otros dos?

—Caramba. Para no importar qué se podía ganar, has puesto una buena suma.

—Tampoco es tanto. Solo suficiente para recordarlo. Bien, ¿vamos a ello? Henson, proceda usted mismo, en el orden que quiera.

El camarero jefe cogió el jarrón, lo puso boca abajo para que se viera bien que estaba vacío, depositó en su interior las tres piedras y lo agitó apenas, levantando un sonido tintineante de cerámica. Luego, se lo ofreció a Edward.

—La mano extendida, lord Rutshore. Y aparte la manga, por favor.

—Henson, por Dios... Ah, está bien. —Edward metió la mano como indicaban y sacó una piedra. Era la gris—. Ajá, perfecto. Ni pronto ni tarde, el momento justo. Como a mí me gusta.

—Eres un hombre poco emocionante —afirmó Arthur. Cuando Henson le tendió el jarrón, sacó la piedra negra—. Al contrario que yo.

—Sí, ¿eh? Me encantará ver cómo convences a una dama para ir al Támesis a dar un paseo de noche. A solas.

Arthur se echó a reír.

—A mí también.

Henson se volvió hacia James.

—Su turno, lord Gysforth.

James arqueó una ceja.

—Hombre, Henson, solo queda una piedra. No creo que sea necesario... Oh, como quiera —claudicó, al ver la

expresión del hombre, que no se movió, ni siquiera pestañeó, mientras le ofrecía el jarrón—. A ver, veamos qué me ha tocado... ¡Vaya, qué sorpresa! —Sacó su piedra. Era la blanca—. Una mañana en el Támesis.

Capítulo 1

Aquel día hubo una sesión doble en el Parlamento, con discusiones muy tensas, tal y como había esperado. Por esa razón, James no volvió al club hasta bien entrada la tarde y, para entonces, hasta se había olvidado de su apuesta. La recordó al ver a Henson, ocupado en asegurarse de que todos los caballeros presentes estaban debidamente servidos.

—Bienvenido, lord Gysforth —saludó, tan cortés y tan serio como siempre. Le ayudó a quitarse el abrigo y tomó también su bastón y su sombrero. Se los pasó a uno de los criados—. ¿Va a cenar con nosotros esta noche?

—No, gracias, Henson. Ya he comido algo de camino y me retiraré temprano. Tengo que recoger a mis hermanas y a mi tía en su casa, para acompañarlas a la fiesta de *lady* Wallace. —Suspiró—. Ojalá no estuvieran en plena temporada. Hoy me siento agotado.

—Sí, tiene cara de cansancio, si me permite decirlo, excelencia. ¿Han dado mucha guerra esos malditos *tories*?

James se echó a reír. Le vino a la cabeza un *tory* en concreto, lord Dankworth, que era su adversario directo en el tema de lograr organizar una policía moderna en Londres. En esos momentos, ese era el proyecto principal de James, pero también luchaba por ampliar el derecho a voto a los propietarios de inmuebles con una renta mayor de diez libras anuales, lo que no aumentaría mucho el número de

votantes, pero sí permitiría que empezasen a salir adelante leyes con mayores avances sociales.

—Por supuesto —replicó—. Tanta como los *whigs*. Combates sin tregua en el campo de batalla, señor Henson. Lo de siempre. —Ambos hombres se miraron a los ojos y cabecearon, como veteranos de guerra que compartieran la misma experiencia—. ¿Están aquí lord Badfields o lord Rutshore?

—Solo lord Badfields, milord. Lord Rutshore cenó pronto y se excusó, dado que mañana temprano debe asistir a una conferencia sobre algún tema de gran relevancia científica, según tuvo a bien informarme. —Señaló pasillo adelante con la cabeza—. Lord Badfields, sin embargo, todavía nos acompaña. Está en la salita real, ocupado en una partida de *whist*.

«Ocupado». James no pudo evitar sonreír. Henson era Henson, y nunca cambiaría. Consideraba igual de importante discutir una nueva ley en el Parlamento que dar un paseo, asistir a una conferencia, elegir una corbata, leer un libro o jugar a las cartas o a los dados. Tal como se refería a ello, daba la impresión de que todo lo que decidiese hacer un miembro de la nobleza inglesa con su tiempo, era una labor vital para el destino del imperio. Quizá tuviera razón.

—Gracias, Henson. Muy amable.

James siguió pasillo adelante, con tranquilidad, saludando a diestro y siniestro a los caballeros con los que se iba cruzando. Los conocía prácticamente a todos, y a los que no, tenían menos relevancia social y estaban deseando conocerle a él. Con unos simpatizaba más que con otros, pero todos ellos pertenecían a lo mejor de la sociedad británica... y los únicos que podían permitirse las más de veinte mil libras que costaba la inscripción de Brooks's al año.

Eso para empezar, por supuesto. Luego estaban los gastos habituales y las grandes cantidades que se movían de manos en las mesas del club, sobre todo en partidas de *whist*, la principal afición por la que se había hecho famoso.

Muchos caballeros, entre ellos el padre del propio James, se habían cambiado en su momento del club White's al Brooks's por las muchas limitaciones al juego que habían empezado a darse en el primero. Que también lo hubiesen hecho el rey George IV, cuando era príncipe regente, y su amigo Beau Brummell, había terminado de sellar su éxito.

La salita real era una de las más pequeñas y tranquilas del local, reservada a miembros especiales. Decorada en dorado con cortinas y adornos magenta, en ella solo había una mesa, un aparador y un mueble con diversas bebidas, para que si los miembros del club querían servirse ellos mismos, no tuvieran que llamar a ningún camarero. De todos modos, siempre rondaba alguno por allí, tratando de agradar a los insignes huéspedes.

El lugar llevaba ese nombre precisamente por el hecho de que el rey, desde siempre, le gustaba mucho jugar en ella. Allí, a veces a puerta cerrada, se celebraban partidas privadas entre los más ricos del imperio, en las que se intercambiaban grandes sumas de dinero, sin ningún límite ni control. Como esa noche.

La mesa estaba llena y rodeada de un nutrido público, lo que indicaba que las apuestas estaban subiendo y poniéndose interesantes.

Vio a Arthur sentado a ella. Estaba jugando al *whist* con dos caballeros de mediana edad, ambos de sobra conocidos, y otro joven, de poco más de veinte años. Un auténtico aspirante a dandi, algo fácil de deducir por los muchos rizos que llevaba bien dispuestos sobre la frente, pero sin el suficiente gusto a la hora de vestirse o de combinar los complementos.

Observó el temblor de sus muñecas mientras cogía las cartas. El modo nervioso con que estudiaba todo a su alrededor...

—¿Desea tomar algo, lord Gysforth? —le preguntó un camarero, sacándole de sus cavilaciones.